

# Tierras de niebla y miel

Marta  
Abelló



Un secreto familiar. Un crimen profetizado.  
Una historia de coraje y destino.

Año 1899. La joven Martina de Icaza regresa a su Cádiz natal huyendo de un matrimonio fracasado. Pero al desembarcar descubre que se ha quedado huérfana y sin hogar.

Desamparada, tiene que trabajar como sirvienta en la humilde pensión de su tía Balbina, hasta que un buen día su prima Candela desaparece.

A partir de entonces, Martina se ve envuelta en una trama de intrigas, aventuras, crímenes y pasiones que la lleva a adentrarse en la Casa Baena, una imponente mansión malagueña llena de secretos y misterios.

En una España de contrastes donde se conjuran criadas y señoras, bandoleros y burgueses, Martina deberá impedir un crimen tiempo atrás profetizado, enfrentarse a un amor imposible y alcanzar su propio destino, aunque este la transforme para siempre.

Un secreto familiar. Un crimen profetizado. Una historia de coraje y destino.

*Para Enid Blyton, que me dio alas.*

En cierta medida, Dios nos ha concedido el don de labrarnos  
nuestro propio destino.

CHARLOTTE BRONTË

Porque en rosas y miel se abrió mi cuna  
mintió sonrisa eterna la fortuna.  
Todo se mudó, al fin,  
como se mudan la onda,  
el viento,  
la mujer,  
la luna.

FRANZ TAMAYO

# I DESTINO

## 1

*Océano Atlántico, marzo de 1899*

Decidió marcharse el día del eclipse, bajo el influjo de la luna roja. Compró un nombre falso, fingió su muerte y con el miedo en las entrañas huyó de Nueva Orleans. A sus veintitrés años y quebrando su destino, Martina de Icaza regresaba a Cádiz.

La bocina del vapor Montevideo atronó sobre las aguas del Atlántico, tintadas de púrpura al atardecer. La joven, vestida de seda negra y tafetán, aferró con sus manos enguantadas la barandilla de popa. Se sintió observada, sin más certeza que su instinto. Solo estaban ella y aquel mar de duelo dibujando una frágil línea entre el pasado y el futuro.

—Señorita... ¡Si está lloviendo! ¿Qué hace aquí? —Erlinda, su doncella mulata, surgió de entre las sombras y luces de la cubierta de botes—. Ya le he planchado el vestido para la cena. ¡Llevo horas buscándola!

La cotidianeidad ahuyentó su desazón. Toda la audacia mostrada en la huida desaparecía al recordar los dedos fríos de Conrado sobre su cuello, la traición, el infierno.

Sujetó las cintas de su capota de crespón que el viento pretendía arrebatarse y se apresuró hacia las escotillas que conducían a los camarotes de segunda clase.

—¡Ay, señorita! ¡Dígame que no estoy beoda! —El buque escoraba a estribor haciéndoles perder pie.

Huérfana y criada en uno de los hospicios católicos de Nueva Orleans, Erlinda solía contar que las monjitas la encontraron hacía dieciocho años junto a un tonel de miel de caña del muelle y que por eso su piel tomó el color del mar Caribe. Martina siempre prefirió su compañía a la de otras

sirvientas y ahora era su ancla para no desfallecer ante el humillante regreso a la casa familiar. La osadía de abandonar a Conrado traería consecuencias: quizás su padre quisiera obligarla a volver o internarla en un convento; quizás su madre intercediera para evitarlo.

El final de la alfombra de arabescos del pasillo de camarotes les anunció que habían llegado al 201, uno interior de cuatro literas situado en popa que compartiría durante los dieciséis días de travesía con las hermanas Williams, dos viajeras neozelandesas que habían embarcado en La Habana.

Las vibraciones de los motores y los gemidos del buque, más perceptibles en la madrugada, le daban noches insomnes, pero era lo que había podido pagar. Su partida a América fue en una lujosa suite de primera, con vientos a favor durante la travesía y cenas con aristócratas y estrellas del canto; su vuelta, en un oscuro camarote de segunda y el mar enfurecido. Aun así, contaba con un colchón confortable, lavamanos con agua fría y caliente y un timbre eléctrico para llamar al servicio. La libertad no necesitaba ostentación ni toallas de algodón egipcio.

Palpó la limosnera que llevaba a la cintura, allí donde guardaba la cédula de identidad falsa que la identificaba como Catalina Valdivia, viuda, residente en Sevilla. Una máscara para protegerse ante preguntas incómodas. Quisiera Dios que su esposo no descubriera su treta, pero, si lo hacía, aquella cédula despistaría sus pesquisas. Apenas le quedaban unos dólares de plata tras el pago de los pasajes y volvió a contarlos uno a uno, como quien custodia un tesoro.

Descorrió la cortina de su litera y se sentó en ella sujetando entre sus manos la novela que había tomado prestada de la biblioteca del barco, *Juana Eyre*. Acarició la portada color sepia y la abrió por una de las páginas doblada en la esquina superior: «En cierta medida, Dios nos ha concedido el don de labrarnos nuestro propio destino...». Suspi-

ró. Ya no creía en hados ni predestinaciones. Solo en causas y efectos.

—¡Hoy ha caído un hombre por la borda, señorita! —Erlinda se santiguó descolgando del armario un vestido de crepé y muselina negra mientras le daba su parte del día—: Y dos soldados de Cuba están en la enfermería de infecciosos y...

Con el rizador de pelo en la mano, Erlinda parloteaba apremiándola a asearse y vestirse. Señaló con desdén el desorden en las camas de sus compañeras de camarote.

—Son de la mala vida, que se lo digo yo —dijo enrollando un mechón en el tubo caliente—. Dos mujeres que andan más cerca de los cuarenta que de los treinta, que viajan solas y no usan corsé... Y huelen a jazmín, ¡como las prostitutas de Nueva Orleans!

Martina cabeceó riendo:

—Son intelectuales, Erlinda. Mujeres listas que viajan por el mundo.

Indiferente a las vidas y cuitas de sus pasajeros, el veloz vapor de la Compañía Trasatlántica surcaba el océano a catorce nudos. Bajo los truenos que rugían impasibles, enfrentó la intensa lluvia que comenzó a azotar sus tres cubiertas.

Erlinda salió hacia el comedor de tercera con los emigrantes y sirvientes. Martina hacia el de segunda, donde compartía mesa con las Williams y una familia de Barcelona. Los zapatos le apretaban como si quisieran detener sus pasos; más aún cuando creyó oír la risa de Conrado dentro de un camarote y ver su rostro en un camarero de piso que la saludó al pasar.

Se dio prisa en las escaleras que conducían al comedor y se detuvo ante las puertas batientes, tras el trajín de platos y voces confusas. Rebuscó en su bolso de mano un botecito de sales y aspiró para recuperar el valor, el mismo que la había sacado del vacío. El buque chirrió, inclinándose



se a babor, y se sujetó a la barandilla metálica, paralizada por el vértigo en su estómago al imaginar la furia de Conrado exigiendo que buscaran su cuerpo en el Misisipi, blasfemando ante la escueta nota en la que Martina anunciaba su decisión de terminar con todo.

El lamento del Montevideo atravesando la tormenta la llevó de regreso a su huida por las calles heladas de Nueva Orleans, aterrada porque había llegado la hora. Tuvo que retrasar sus primeros planes a causa de la extraordinaria ventisca helada que azotó la ciudad: en sesenta años no se había visto temporal igual. El día de San Valentín se alcanzaron los catorce grados bajo cero y ocho centímetros de nieve cubrieron las calles en un atípico Mardi Gras. La flota quedó amarrada a puerto y su evasión quedó truncada: los vapores corrían el riesgo de sufrir averías en su maquinaria por los pequeños icebergs desprendidos de un Misisipi congelado desde su cabecera hasta el golfo de México. Todos los estados de la Unión sufrieron lo que las crónicas llamaron la Gran Ola de Frío, que llevó a Minnesota a alcanzar los cincuenta y nueve grados bajo cero.

Todo se heló, como su propia vida.

Su exultante llegada a aquella hermosa casa de la calle Bourbon, un edificio de ladrillo español, altos techos y grandes ventanales como bocas de fiera, pronto quedó eclipsada por el carácter voluble y colérico de Conrado Lefebvre, por sus escapadas a los antros de Baton Rouge. La paz en el hogar se mantenía con regalos y promesas, con arrepentimientos que para Martina eran falsas monedas.

Tal vez se hubiera resignado con alguna migaja de amor; tal vez hubiera acatado el consejo del padre François de no reprender sus faltas, de asumir las propias, de olvidar la posibilidad de un divorcio que la condenaría por siempre. Pero cuando apareció aquel hombre en sus vidas, cuando resquebrajó la vida de Martina como un espejo, de parte a parte, decidió abandonar aquel infierno, así se congelara como Nueva Orleans. Y huyó para esconder la pena

y la humillación, para liberarse de un secreto que a nadie podría revelar jamás.

El padre de Martina, que tras la boda aún andaba por los cafés de Cádiz pavoneándose del buen matrimonio de su hija, que emparentaba a los de Icaza con los Lefebvre de Jerez, le había asegurado una vida fácil, prestigio, riqueza y buenas amistades con lo más granado de la sociedad española y francesa en Nueva Orleans. Demetrio de Icaza no contó con que su buena fortuna, leída en sus manos por una gitana en el parque Genovés, se desmontaría como un castillo de naipes.

Y ante el fuego de la sala, con el frío rodeando aquella casa que sentía prisión, esperó librando la batalla entre lo correcto y lo osado hasta que la aguja pinchó su índice manchando su labor con una pequeña perla carmesí. Se la entregó a Mammy Dorothea para que la limpiara y contó con los dedos los diez días que ya habían pasado desde la partida de Erlinda. La doncella, que se había despedido para seguir a Martina en su huida, la esperaba en una pensión cercana al puerto donde trabajaba una de sus antiguas compañeras del hospicio. Sus contactos con buscavidas le permitieron vender su sortija de esponsales, disponer un baúl con ropa y enseres para el viaje y conseguir una nueva cédula de identidad que eliminara piedras de su camino.

Conrado apenas reparó en la ausencia de Erlinda. Cuando Mammy Dorothea le informó, esputó en la fina escupidera de porcelana de la sala y pensó que la servidumbre era desagradecida por naturaleza. Aquella mulata seguro que se había encaprichado de algún marinero de su tierra.

«Busca otra doncella para mi esposa —le pidió sin levantar la vista del periódico—. Una blanca y confiable, por el amor de Dios».

Los hielos remitieron, al fin. El termómetro escaló posiciones y el sol reinó de nuevo sobre la Ciudad del Cuarto Creciente. La madrugada en que Conrado partió a Baton Rouge, Martina dejó en su despacho una carta de despedi-

da y subió a la buhardilla a por la limosnera donde guardaba el dinero para los pasajes. Se anudó al cuello una capa oscura, se cubrió con la capucha y salió por la puerta trasera abandonando aquella casa de la calle Bourbon que nunca fue hogar. Los visillos de la ventana de la cocina se entreabrieron para mostrar el rostro sonriente de Mammy Dorothea. Palpaba en el bolsillo de su delantal los diez dólares en billetes nuevos con los que el señor Lefebvre había comprado su lealtad.

La criada salió en busca de uno de los pilluelos del barrio que dormitaban junto a los cubos de basura. Agitó ante él un billete y le ordenó seguir a Martina, que sorteaba aprisa los montones de nieve en las aceras. Cuando la alcanzó en el embarcadero frente a la catedral, vio cómo lanzaba jirones de ropa junto a las gradas de madera que desaparecían en las aguas revueltas y pardas del Misisipi. La perdió de vista tras el alboroto de un grupo de estibadores, pero después, y siguiendo las señas de sus compinches, la vio entrar en una pensión de mala muerte y salir vestida de luto.

Embarcaron en el primer buque que aquel día partía hacia La Habana, y así se lo contó a Mammy Dorothea, quien le dio un pedazo de pan caliente y el billete de dólar prometido. Después, con su letra torpe y redonda, la fiel criada escribió un mensaje al señor Lefebvre.

Desde la pasarela del Montevideo, Martina maldijo los días pasados en aquella ciudad. Regresó a España sin saber que Mammy Dorothea, de sangre de esclavos haitianos, colocó en su limosnera una pizca de tierra de cementerio. Para que el infortunio la siguiera allí donde fuera; por ingrata, por aquella afrenta al señor.

## 2

Los camareros sirvieron más jamón a la parrilla a petición de las hermanas Williams. El ganado de entrepuestos proveía de carne y leche fresca a los pasajeros, y ellas lo disfrutaban comiendo a dos carrillos junto a Martina y la familia Agramunt, con quienes compartían mesa. Sus estrafalarios sombreros de plumas coloridas y pájaros disecados acentuaban los paneles con marcos blancos del comedor de segunda clase.

—*Superb!* —Las Williams apuraron sus copas de vino alzándolas en el aire, riendo como dos gallinas cluecas. Solteras y con sueños por cumplir, cargaban en su equipaje con una Underwood que recogía los poemas de Janet y decenas de libros adquiridos en cada escala por Jackie: pequeños mundos con los que ampliar horizontes antes de retornar a la hacienda de su familia en Nueva Zelanda—. ¡*Deberíamos* votar para que este magnífico vino sea declarado de consumo *obligatorrio!*

El señor Agramunt rio.

—¿Me pasa la sal, señorita Valdivia? ¿Ya está mejor de su mareo?

—Mucho mejor, gracias. —Había pasado los últimos días en el camarote a base de caldos, galletas y leche esterilizada.

—El mal del mar, ya se sabe. Para evitarlo, salga a cubierta y ¡mire al horizonte! —Aderezó su plato por segunda vez ante la mueca resignada de su esposa.

—El médico, Honorio... ¿Qué te dijo el médico?

Martina sonrió ante la mirada cómplice de Carlos, el joven hijo de aquella familia que regresaba a Barcelona tras fracasar sus negocios de azúcar en La Habana, dejando atrás revueltas y asesinatos de españoles a machete.

A menudo coincidía con él en sus paseos por cubierta y le había confesado que, a pesar de sus ínfulas de burgueses, estaban sin un real tras el pago de los pasajes. Las apariencias ante todo, como un undécimo mandamiento.

—¿Ustedes saben que hace seis años que las *mujerrres* de nuestro país tienen *derrecho* a voto? —preguntó Jackie chapurreando en español y sirviéndose más puré.

Las copas temblaron al son de la vibración de los motores del barco con un tintineo hipnotizador. El señor Agramunt se atragantó y miró a su esposa como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—Y no solo las blancas podemos hacerlo: las maoríes también. *Is it not wonderful, mister?*

El joven Carlos sonrió y alzó su copa brindando por ello.

—¿Usted qué dice, Catalina?

Ella no acostumbraba a expresar sus ideas, menos aún desde el incidente con Conrado cuando supo de su amistad con las Calvette, sufragistas que la animaron a asistir a la convención de Luisiana. Una cicatriz en su antebrazo le recordaría para siempre la quemazón del atizador del fuego y la voz de su esposo asegurando que la política no era para las mujeres.

Removió su consomé reconfortada en la calidez que regalaba a sus manos frías y ligeramente temblorosas. Él ya no estaba para silenciar sus razones.

—Si los esclavos negros liberados tienen derecho a voto, ¿por qué no deberíamos tenerlo las mujeres? Si nos sometemos a las leyes, bien podríamos decidir sobre ellas.

El señor Agramunt reía divertido.

—¡Pero si votar es cosa de hombres!

Las Williams se miraron condescendientes, como si en alguna bola de cristal leyeran el futuro.

—*Mister...* ¡Dentro de unos años *verrremos* a las *mujerrres* llegando a la Luna!

Él las miró perplejo. Y de camino al salón de fumadores siguió riendo, como si estuvieran locas de atar.

De regreso al camarote, Martina solía llevar un paquete de papel de estraza con una porción del pastel del postre para Erlinda, que la esperaba para ayudarla a desvestirse. También le regalaba algunos centavos para que comprara naranjas o pan en la cantina. Cuando se iba, a menudo a unirse a los cantos y bailes de alguna compañía de comediantes en los alojamientos de tercera, las Williams llamaban al timbre del servicio y mandaban traer copas de ponche caliente: la mejor receta para dormir de un tirón.

Con el sabor a ron y miel en sus labios, Martina acariciaba el colgante de piedra aguamarina que siempre llevaba junto a su pecho y nunca exhibía en público. «La piedra de la fortuna», la calificó el joyero de la calle Royal en Nueva Orleans. Aquel anciano, que exhibía un monóculo dorado sobre su ojo derecho, le indicó con el índice que se aproximara a la vitrina.

«De Minas Gerais, Brasil: un magnífico ejemplar —afirmó mientras colocaba la piedra en un paño sobre el mostrador—. ¿Sabía usted que el aguamarina otorga coraje y valentía, *madame Lefebvre?*»

Martina admiró aquella joya y recordó a su abuela Regina luciendo una piedra de ónix el día en que abandonó a la familia. Su marcha, no exenta de escándalo, resquebrajó el frágil equilibrio de las vidas que su presencia sostenía.

El joyero se quitó el monóculo y continuó diciendo:

«A todos se nos atribuye una piedra preciosa por nacimiento. El aguamarina corresponde al mes de marzo. ¿Acerté, *madame?*».

Martina asintió fascinada.

«*Fabuleux!* —El hombre acarició con sus dedos enguantados el engarce de plata y se inclinó hacia ella—. Dice la leyenda que cada piedra aguamarina encierra en su interior a un genio de los océanos, de ahí su color. Por esa razón, si la adquiere, nunca debería venderla. ¿Cree en las deidades

protectoras, *madame*? ¿No? —El hombre sonrió—. Se sorprendería, *madame*, se sorprendería...»

El tintineo de las campanillas en la puerta anunció la llegada de Conrado al establecimiento. Era hora de pagar la alhaja elegida como regalo de su primer aniversario, cuando los días eran aún felices para ella.

El joyero envolvió la delicada pieza y apuntó en su libro de cuentas el monto y el ilustre apellido del vicecónsul. Después observó a la pareja caminar calle abajo: un retrato en sepia desvaneciéndose en la niebla de Nueva Orleans.

«La piedra de la fortuna...» Martina cerró los ojos y lloró en su litera. «¿Dónde estás, abuela?» Hundió el rostro en la almohada. Se sentía miserable porque a veces hubiera preferido que estuviera muerta, no saber de su abandono. Lloró también por el peso de sus errores, por su salto al vacío, por la incertidumbre de qué hacer con su vida.

Y soñó con Regina, un sueño raro como los que le traía la altamar cada noche. Bajo el escalofrío de un atardecer púrpura, su figura ante el atrio de un templo de piedras señalaba gozosa un eclipse de luna. Parecía detener el presente, recomenzando el tiempo.

Y despertó: la almohada empapada en lágrimas; el reflejo de su rostro triste en el espejo que parecía agua.